

Intervención del Presidente de la República durante Inauguración de Tercera Feria del Libro de Panamá
CIUDAD DE PANAMÁ, 29 de Junio de 2005

Quisiera, en primer lugar, señalar lo grato que es participar en la inauguración de esta Tercera Feria Internacional del Libro de Panamá. Estamos particularmente honrados de que Chile sea el país invitado de honor. Vamos a estar participando aquí junto a muchas otras naciones y vamos a estar participando también, como lo ha dicho Priscilla, en lo que es la instalación definitiva de esta Feria del Libro como una actividad cultural de significación y trascendencia aquí en Panamá y aquí en América Latina.

Llego hoy aquí con muchos de los nuestros, de nuestras escritoras y escritores, payadores. Llego aquí con un pedazo de Chile que querrán transmitir a cada uno de ustedes su admiración, su cariño y, por qué no decirlo, sus sueños, sus obsesiones y sus utopías a través del verso, la novela, el cuento y el ensayo.

Estoy contento que la Cámara Chilena del Libro pueda haber tenido también una colaboración importante en la consolidación de la Cámara Panameña y en la posibilidad de que esta Feria sea un hito de nuestra cultura cotidiana en nuestra América Latina.

Aquí, qué duda cabe, habrá oportunidades para reflexionar de muchos temas, también de aquellos más prosaicos, que tienen que ver con los derechos de autor, las nuevas realidades tecnológicas y económicas y qué es lo que significa esto respecto de los derechos editoriales. Prosaicos, pero fundamentales, qué duda cabe, para que pueda seguir desarrollándose la cultura.

Digámoslo también, que el libro produce un tremendo poder de convocatoria, tal vez porque la literatura, en último término, tiene que ver con la libertad, con la libertad de los creadores que producen sus obras, con los lectores que desarrollan y hacen sentir sus preferencias. El libro libra, el libro libera. Y para ello el libro requiere de un ambiente social y personal favorable.

En cierto modo, sólo es capaz de producir un sistema democrático, una forma de gobierno que tenemos muchas razones para preferir, entre otras, porque a lo largo de la historia ha dado pruebas de reconocer, proteger, promover la libertad de las personas.

Es esa libertad la que está en el fondo de cada libertad cultural, el derecho de toda persona a participar en la vida cultural de su país y, por cierto, el de los creadores para producir y difundir el fruto de su imaginación, de su inteligencia. Es la creatividad.

Creo que si el libro convoca y convoca a tantos, el libro en cierto modo, y la imprenta en último término, que da origen es la base del sistema democrático.

Es muy difícil el debate de ideas sin la palabra que se escribe. Es muy difícil el debate de visiones distintas que se contraponen sin que ésto esté plasmado en un escrito. Es a través del libro como mejor conocemos la descripción de lo que ocurrió ayer, de nuestras historias pasadas, de las tradiciones. A ratos en una América Latina que tiene tanto de imaginación, debe ser difícil para los novelistas escribir.

Recuerdo un trabajo de García Márquez diciendo lo difícil que era ser novelista en

América Latina, en donde la realidad supera a la mejor de las imaginaciones y en donde él, para probarlo, demostraba que en sus tiempos mozos, cuando se ganaba la vida escribiendo unas cuartillas en un periódico en Colombia, le costaba mucho imaginar qué publicar el próximo domingo.

Tras mucho imaginar resolvió un cuento en torno a un amor adultero, que como resultado, cuando ella daba a luz, daba a luz a un niño con una cola de chanco, de cerdo. Consideró que esto era lo máximo que podía dar con su imaginación desbordante.

Cuenta que grande fue su sorpresa cuando, a poco andar, en las cartas al director de ese periódico de provincia, en Colombia, un lector indignado lo acusa de plagio y acompañaba su denuncia con la foto de otro periódico, en otra localidad, en donde había aparecido una guagua, un niño, un bebé, con una cola de cerdo.

Explica que es difícil ser novelista en esta región. Las razones son obvias, pero creo que es propio del libro, más allá de la imaginación del novelista o la belleza de pensar del poeta, el convocar, reunir, casi como un imán, a cuya fuerza no podemos resistir una Feria del Libro, como la que hoy aquí se inaugura y se multiplica varias veces en su poder.

Uno de los hechos, por cierto, es aquello por lo cual se mencionaba recién este año iberoamericano de la lectura, o los 400 años del Quijote, o los 50 años de la publicación de Pedro Páramo de Juan Rulfo, o como aquí también se recordaba recién, los 60 años de Gabriela Mistral, desde que obtuviera su Premio Nobel.

Es cierto, el 2004 conmemoramos el centenario de nuestro poeta Pablo Neruda, oportunidad en la que tuvimos ocasión de poder condecorar a varias personalidades y expertos mundiales en la obra nerudiana, entre ellos, al académico panameño Luis Horacio Moreno Tejeira.

Gabriela Mistral estuvo aquí allá por el 1931, dando recitales y conferencias. Las escuelas normales de esta República la condecoraron con un nombre poético, que no sé si existirá hasta el día de hoy, La Orquídea de Oro de la Flor del Espíritu Santo. Dígame usted qué condecoración, La Orquídea de Oro de la Flor del Espíritu Santo.

Gabriela, dejó un testimonio en agradecimiento con su famoso poema 'El Tamborito Panameño':

"Panameño, panameño, panameño de mi vida;
yo quiero que tú me lleves
al tambor de la alegría".

Así cantó, así cantó Gabriela a este gran país, a este gran país que se ha ido formando a lo largo de su historia. Porque leer, leer aquí también deja un residuo de alegría, alegría y entusiasmo, esperanza, imaginación, y en muchos casos, perseverancia en ese trabajo solitario, al que se refería Jorge Edwards. Así se van atando cabos entre países.

Neruda desempeño muchas tareas. Le tocó ser embajador de Chile en Francia en los comienzos del 70. Tuvo un ministro consejero que se llamaba Jorge Edwards, y ese

ministro consejero recordará que en una de las tareas que tuvo que enfrentar Neruda como embajador fue algo en lo cual se sentía un tanto ajeno.

Existía entonces, ustedes recuerdan, y existe todavía, el Club de París, donde iban los países con sus deudas a pedir una renegociación de la deuda. Chile llegó a París a pedir una renegociación de su deuda externa. Llegaron, entonces, ministros de Hacienda, contadores, economistas de nota, a renegociar la deuda externa. Y ahí estaba Neruda, sentado, como correspondía a sus deberes de embajador, entre tanto economista discutiendo, como él dice, 'de libor, spread y otros temas'. Entendía poco, pero trataba de entender porque tenía que hacer informes al Ministerio, demostrar que estaba a cargo de la renegociación de la deuda externa de Chile ante los acreedores de Chile en París.

De tanto poner atención empezó a filosofar, y en un trabajo poco conocido de él, que se publicó en el boletín del Banco Central de Chile, Pablo Neruda escribió un trabajo que se llama "Renegociando la deuda externa". Sí, explica Neruda que ha tenido que asistir a estas aburridas reuniones. Y, claro, tan aburridas eran que a ratos su imaginación volaba y trató de encontrar la lógica de lo que allí se hacía. Neruda entonces dice 'pero, claro, estamos renegociando nuestra deuda, debemos mucho en dólares, en marcos, en pesetas. Sí, ¿y yo debo algo? No -dijo Neruda-, yo no debo'. Pero pensando un poco más dijo 'no, todos tenemos que hacer, especialmente los escritores, alguna vez en nuestras vidas una renegociación de nuestra deuda. Yo me declaro deudor de Walt Whitman, y yo me declaro deudor...'. Y empezó a citar lo que él entendía habían sido aquellos que habían marcado su forma de escribir, de pensar, de ser.

Este 'Renegociando la deuda externa' de Neruda, creo que es un ejercicio que como todas las cosas del bate, logró en aquellas difíciles circunstancias extraer algo para lo suyo. Porque, en definitiva, al plantear renegociar la deuda de un escritor, de un literato, ¿qué es si no decir 'éstos son mis orígenes, mis raíces de mi modo de ser'.

Claro, se renegocia una deuda para conseguir una prórroga y poder seguir escribiendo, escribiendo sobre otros temas de futuro. Claro, renegocio lo que es mi deuda con aquellos que me formaron, a los cuales creo que vienen mis raíces, para poder proyectarme hacia el futuro, la utopía a la que quiero llegar.

Llego acá a renegociar una deuda con este país, porque estuve en 1978, cuando el gran debate era si ustedes iban a ser capaces o no de manejar un Canal que tienen por aquí. El debate era de tantos, y hoy día escuchamos una presentación muy notable de Arístides Royo, con motivo del libro 'La Odisea de Panamá', de cómo fue aquello y de cómo el debate que se produjo en muchos lados.

Llego acá, entonces, tantos años después y digo 'sí, vengo a negociar una deuda, porque tenemos los latinoamericanos una deuda con cada uno de ustedes, por lo que ustedes han sido capaces de hacer y decirle a América Latina: sí, nosotros podemos administrar nuestras tareas, cuando nos lo proponemos, porque son esenciales para nuestra patria y nuestro pueblo'. Eso es lo que quiero.

Pero al llegar aquí, al llegar aquí también, llego como Presidente de un país, como Presidente de un país que entiende que el desarrollo es importante, la economía es importante, todas esas cosas son importantes, y ustedes escucharán que Chile es un muy buen alumno, que le va bien, que hace cosas en el ámbito económico, pero todo eso son

medios para cosas trascendentes. Lo que permanece, en último término, es la cultura. Si era importante ayer, mucho más importante hoy, donde tenemos un mundo que se achica cada vez más, producto del avance increíble de las comunicaciones, donde se interactúa más y donde la palabrita globalización está en todas partes. Pero es que en ese mundo, si vamos a actuar, sólo lo podemos hacer desde lo que es nuestra identidad, desde lo que somos, desde nuestras raíces.

¿Y eso cómo se llama? Eso se llama cultura. Porque cultura, en último término, como ha dicho un escritor, es todo lo que el hombre ha creado entre la Tierra y el cosmos. Eso es lo que nos da la identidad. Lo que hemos sido capaces de crear, de ser, de cantar, bailar, soñar. Sin eso, ¿qué sentido tiene participar en un mundo cada vez más global, si no somos capaces de fijar nuestros pies en nuestras propias raíces, de donde venimos, de lo que somos?

Eso nos obliga a entender, como muy bien decía Jorge Edwards, que la cultura no es un aderezo, no es un complemento de algo. Es la esencia del alma de una nación. Eso es lo que tenemos que cuidar.

Entonces, en una Feria como ésta, tengo que decir gracias por elegir a Chile como invitado de honor en esta Feria. Esta elección nos enorgullece, nos enorgullece y también nos compromete. Aquí hay escritores, editores, artistas chilenos, aquí hay administradores culturales chilenos, autoridades públicas del ámbito de la cultura. Venimos a agradecer por haber pensado que teníamos algo que aportar. Venimos a agradecer, porque tenemos algo que aprender de ustedes, y ojalá a ustedes tengamos algo nosotros que mostrarles.

Pero también, a pedir a nuestros amigos y hermanos panameños, tal como les pidió Gabriela Mistral, que nos lleven también 'al tambor de la alegría'. Sí, sí, al tambor de la alegría. Ustedes tienen una forma de ser, de actuar, de mirar la vida, de caminar por la vida, tan distinta a la de ese chileno o chilena del sur, un poco serio, gris, adusto.

En consecuencia, esta América Latina gana tanto en riqueza cuando a la adustez y lo grisáceo de uno, se le agrega la alegría y el color de otros. A lo mejor, entonces, tenemos una América Latina mucho más rica, que se complementa unos a otros, como estoy cierto en esta Tercera Feria, escritores de uno y otro país se complementarán y serán más engrandecidos después de esta experiencia.

Gracias por invitarnos y felicidades en esta Feria.